

—Habéis consentido, en fin, á emprender un viaje á los Países Bajos, y de esta manera habéis vuelto la vida á mi señora. Después de haber buscado por mucho tiempo en secreto, hemos encontrado á la niña en Amberes; está cerca de aquí, en la casa de las huérfanas. Esta noche, la infortunada madre ha querido abrazar por última vez á su hija, consolar su propio corazón y verter sobre la adorada niña las lágrimas de despedida antes de partir para España. La pobre señora ha dejado la casa durante la noche: es una culpable locura, lo reconozco; pero la señora condesa no tenía otro objeto que abrazar á su hija..... Y si podéis dudar de la verdad de todo lo que os he dicho, señor conde, en una casa de la calle del convento vive la pobre mujer de un soldado, llamada Ana Canteels, á quien fué confiada la niña en otro tiempo, y que lo sabe todo. La niña se halla cerca de aquí, donde ha sido colocada como huérfana; es muy pequeña aún, y se llama Houten Clara. Aca'o querréis, señor conde, aseguraros de la inocencia de vuestra esposa: estáis en vuestro derecho; pero yo os lo suplico: cualquiera que sea vuestra decisión, cuidado del honor de mi señora, honrad la memoria de vuestro amigo Lancelot, y salvad vuestra propia casa del escándalo y de la deshonra! Nada me resta ya que deciros: conocéis toda la verdad.

Ya hacía rato que había concluido de hablar la dueña, cuando el conde la dijo con una irritación mal contenida:

—Está bien, retiraos Ah! Habéis pretendido traerme la tranquilidad y la paz, y no habéis hecho más que cambiar la causa de mi desesperación!..... Junto á la herida que abrió en mi corazón una horrible sospecha, me habéis abierto otra no menos sangrienta..... Es necesario que yo consulte á mis parientes y amigos sobre lo que debo hacer; quiero borrar de mi escudo esta mancha..... Retiraos, de-

jadme solo; vuestra ama conocerá mi decisión antes de la noche.

La dueña salió de la habitación del conde, y se detuvo en los corredores con cierta alegría mezclada de tristeza: esperaba y temía á la vez, sin ánimo para prever cuál sería el resultado de su tentativa. Pensando, sin embargo, en que su revelación había calmado la cólera del conde y le había dejado en su corazón un dolor menos terrible, se aplaudió interiormente de lo que había hecho. Una sola duda, pero cruel, la martirizaba: ¿Se separaría el conde de Catalina? ¿La rechazaría como una esposa culpable? ¿Partiría él solo á España, cubriendo así de oprobio al último vástago de la noble familia de Ghyseghem? Agobiada con estos penosos pensamientos la dueña se dirigió al fin á la habitación de su señora, y después de haber entrado cerró la puerta con precaución.

El conde había permanecido inmóvil en su sillón, con la mirada fija y sin expresión, como sumergido en un abismo de pensamientos y reflexiones. Las contracciones que por momentos crispaban su rostro y la amarga sonrisa que vagaba por sus labios, revelaban la tempestad que se desataba en el fondo de su corazón. Esta lucha interior duró cerca de una media hora; pasó después la mano con desesperación por su frente y por sus ojos, como para rechazar las ideas que le martirizaban. De pronto se levantó, y cubriéndose con una capa oscura que á la mano tenía, se lanzó precipitadamente fuera de la casa.

VII.

Sin duda el conde huía de su casa para buscar alguna calma al aire libre, porque pocos instantes después se paseaba detrás de las plantaciones del Hospital, no lejos de las fortificaciones de la ciudad. Quizás el dulce viento

que soplabá llegó á mitigar sus sufrimientos y á calmar su cólera, porque á pocos momentos volvió á tomar el camino que le conducía á su casa, como si tratara de volver al lugar donde acaba de herirle un golpe tan doloroso. Pero el conde pasó por delante de su casa sin entrar en ella; siguió adelante, y fué á llamar á la casa de las huérfanas. ¿Cuáles podrían ser sus intenciones?..... Al ver la sombría expresión de su rostro, se hubiera podido creer que quería desatar su cólera sobre Houten Clara; pero el carácter noble y generoso del conde no permitía semejante suposición. Acaso una ciega envidia le llevaba, á lo menos, á ver á la que era la causa de su desgracia y de sus sufrimientos; acaso también la duda que por tanto tiempo le había atormentado, se había apoderado otra vez de su alma y quería asegurarse por sus propios ojos si las palabras de la dueña no ocultaban alguna pérfida impostura.

Cuando la portera se presentó, la ordenó con tono imperioso ir á llamar á la Madre directora. La portera le condujo al locutorio y fué á llamar á la Madre, que en aquel momento se ocupaba en distribuir á las huérfanas los trabajos del día. Interrumpió su distribución y se dirigió al locutorio sin sospechar que allí la esperaban. Cuando reconoció al conde, se sintió vacilar, y una mortal palidez cubrió su rostro.

—Señora, —dijo el conde de Almata con acento brusco, —parece que mi presencia os sorprende y os hace temblar..... Id á buscar á la niña que se llama Houten Clara: quiero verla!

Inquieta la Madre empezó á temblar en efecto, y murmuró una respuesta ininteligible.

—Y bien, señora, —replicó el conde, —¿será necesario que los administradores de la casa conozcan del asunto? ¿Exigís una orden expresa de su parte?

—No!..... no!..... —exclamó la Madre con perplejidad.

—Daos prisa, pues, en satisfacer mi deseo.

La Madre murmuró llena de turbación:

—Sí..... sí, señor conde..... creo..... que ha salido; voy á ver.

—¡Queréis engañarme! —exclamó el conde con cólera. —Tened cuidado, porque podréis arrepentiros.....

La Madre salió de allí suspirando, y á pocos momentos volvió con Houten Clara, á quien había dicho antes de llegar:

—Clara, es el conde de Almata, el marido de vuestra protectora: tiene un semblante muy severo, y parece ser muy malo; es necesario ser muy amable con él, ¿me entiendes, hija mía?

—Sí, querida Madre; pero mi protectora me ha dicho que..... es muy bueno!.....

La Madre no tuvo tiempo de responder á esta observación, porque en ese momento llegaban al locutorio. Tomó de la mano á Houten Clara, la presentó al conde, y se situó junto á la puerta con la firme resolución de no ceder á los ruegos ni á la violencia si el conde la exigía dejarlo solo con la niña; la pobre mujer, llena de inquietud, temía que el caballero fuera á hacerle algún mal á la huérfana.

Houten Clara, sin pronunciar una sola palabra, fué á colocarse delante del conde, y le miró con la dulce sonrisa que le era habitual. La primera mirada del conde había sido llena de cólera; pero apenas recibió la impresión que aquella fisonomía angelical producía con su sola presencia, un cambio completo se verificó en su corazón y en su rostro. Temblando de emoción y poseído de un sentimiento misterioso, contempló fijamente aquellos hermosos ojos de un azul celestial, en los que resplandecía una alma dulce y amante, y la mágica sonrisa que prestaba á su boca encantadora una irresistible seducción. El también, él, el esposo irritado, herido en sus más caras afecciones, cedía al poder de la mirada de una niña. No era, sin embargo, la belleza pura y encantadora de Clara la que obraba este milagro, no: era otro sentimiento el que hacía latir el corazón del conde

y le arrancaba lágrimas de los ojos. La niña se parecía mucho á su padre: en este rostro dulce y encantador, Lancelot muerto pedía piedad para su hija, gracia para su desposada!..... El conde miraba delante de él á su mejor amigo; le parecía oír su voz querida; le era imposible apartar los ojos de aquellas facciones tan puras, en las que él leía, como en un libro abierto, la historia de las horas más felices de su vida. No pudiendo resistir al sentimiento que inflamaba su corazón, hizo una seña á la Madre para que se retirase. Habiendo notado ésta la emoción del conde, comprendió que todo peligro había pasado, y regocijándose interiormente del feliz milagro que sólo atribuía á la dulce gentileza de Clara, se inclinó respetuosamente y salió de allí. Luego que el conde de Almata se vió solo con la niña, dió libre curso á las emociones que lo agitaban; con una mano se cubrió los ojos, estrechó con la otra las de Clara, y vertió silenciosamente un torrente de lágrimas que parecieron aliviar su corazón del peso que lo oprimía. La niña, entre tanto, lo acariciaba en la mano, con la evidente intención de consolarlo..... Pronto se calmó la tempestad en el corazón del conde; volvió de nuevo á contemplar á la niña: pero esta vez la alegría iluminaba su rostro, y parecía buscar la sonrisa en los labios de Clara.

—¡Ah, querida niña! —exclamó en flamenco bastante claro:—¿Me conocéis, pues, para mirarme tan afectuosamente?

—¿No sois el conde Almata?—respondió la niña.—Mi protectora os ama, me ha dicho que sois muy bueno, y es necesario que yo también os ame mucho.....

El conde de Almata puso á la niña sobre sus rodillas, y acariciándola con ternura le preguntó:

—¿Conocéis á vuestro padre?

—Mi padre está en el cielo,—respondió Clara suspirando,—y allí ruega á Dios por mí..... Yo, no lo he visto nunca!.....

—Yo sí lo he visto,—dijo el conde con melancólico acento;—ah! sí..... yo lo he visto, lo he conocido! Era él para mí un excelente amigo, un hermano..... ¡Cuánto lo amaba!..... Las lágrimas que acabo de derramar, sois vos quien las habéis arrancado de mis ojos, porque os parecéis á él admirablemente!.....

Gracias á las caricias del conde, Houten Clara, según su costumbre, pronto había pasado del temor á una dulce familiaridad. Al saber que el conde había amado á su padre, perdió toda timidez, y rodeó con sus bracitos el cuello del que ya era para ella un amigo; dándole luego un beso en la mejilla, le dijo con una vocecita dulcísima:

—Que Dios os recompense lo mucho que habéis amado á mi padre..... Oh! sólo por eso, os amo mucho ya!.....

El conde sintió henchido su corazón de ternura y felicidad, y preguntó á la huérfana:

—¿Conocéis siquiera á vuestra madre?

Houten Clara bajó la cabeza y no respondió.

—¡Adorable niña! —exclamó el conde con emoción:—no queréis hacer traición á vuestro secreto, pero vuestro corazón tan puro no sabe mentir. No, no lo digáis á nadie en el mundo... Ah!¿y habría yo de dejaros sufrir?¿podría desconocer la voz de vuestro padre y desoir sus ruegos, llenando de ese modo mi vida de crueles remordimientos?..... ¡Qué ingrato fuera si pagara el amor con el odio!..... Hija mía, mi querida hija, dad gracias al buen Dios en vuestras inocentes oraciones: vuestra dulce sonrisa ha salvado de la muerte á dos personas, una de las cuales os es muy querida, y la otra quizás llegue á serlo también por sus beneficios..... ¿Os sentís dispuesta sinceramente á amarme, Clara?

—Ah! no me preguntéis eso, señor conde: ¿no sois el mejor amigo de mi protectora?..... Dice que sois tan bueno y tan cariñoso con ella,

que yo también quiero amaros mucho toda mi vida.....

El conde contempló silenciosamente á la niña. Una indefinible sonrisa de felicidad iluminó su rostro, y acarició á la huérfana no solamente con cariño, sino también con gratitud. El consuelo que experimentaba con el cambio completo de sus ideas, la dicha embriagadora que sentía en formar proyectos que podían trasformar su vida en un paraíso de paz y de amor, todos estos sentimientos confundidos, inundaban su corazón como de bienhechores effluvios, y miraba con una especie de admiración á la inocente niña que había vertido este bálsamo saludable en su corazón.

Como si una voz interior le hubiera hablado de súbito, se levantó, y dijo á Houten Clara:

—Con vos se olvidaría todo, mi encantadora niña..... Vamos, venid, que os beso yo otra vez: acaso os deberé la paz y la felicidad..... No vayáis á decir lo que ha pasado entre nosotros, os lo ruego..... Abrazadme otra vez, que espero no será la última; volveos ahora, y no digáis nada: vos, Clara, seréis muy feliz!....

El conde salió del locutorio y dirigió misteriosamente algunas palabras á la Madre, que llena de ansiedad esperaba junto á la puerta. Una grande alegría debió causarle lo que la dijo el conde, porque, después de hacerle una reverencia de despedida, resplandeciente de gozo corrió hacia Clara, la levantó en sus brazos y la besó repetidas veces.

El conde de Almata se dirigió con paso rápido al centro de la ciudad; algún tiempo después se encontraba en la calle del convento; más tarde se le vió subir las escaleras del Palacio Municipal. Seguramente ese día tuvo el conde muchos negocios urgentes que arreglar, porque después de haber estado en diversos parrajes, se dirigió por segunda vez á la casa de las huérfanas, sin haber podido volver á su casa.....

Serían las cuatro de la tarde.

La condesa, profundamente abatida, estaba sentada en su sillón; á alguna distancia, la dueña rezaba silenciosamente.

Los terrores de la condesa habían disminuido, ó quizás una amargura más profunda oprimía su corazón. Por lo que la había dicho Inés, había comprendido que su marido había dado crédito á las palabras de la dueña y había desechado ya el cruel pensamiento de que ella le había sido infiel; pero también había comprendido que él quería abandonarla y partir solo para España. Como amaba ardientemente á su marido y se hallaba ligada á él por el doble lazo de la gratitud y del amor, esta convicción le preparaba un golpe terrible, que esperaba con esa santa resignación que se doblega bajo la inevitable ley del destino..... En tanto que gemía por la pérdida de todo lo que le era más querido, su honor y su esposo; en tanto que temblaba al pensar que éste, llevado por la cólera, hubiera quizás hablado de tal modo que pudiera haber atraído el oprobio público sobre ella y sobre su hija; en tanto que estaba abismada en estas abrumadoras reflexiones, la puerta de la habitación se abrió, y apareció el conde de Almata.

La condesa se levantó violentamente sin poder contener un grito que se escapó de su pecho, y sin atreverse á mirar á su marido, se arrojó á sus piés, tendiendo hacia él sus manos suplicantes.

—¡Gracia.....gracia, conde de Almata!—exclamó. —He cometido una falta, soy culpable, merezco vuestra venganza, vuestro desprecio, vuestro odio..... Ah! haced de mí lo que queráis; pero en nombre de la dolorosa pasión de Jesucristo, no me alejéis de vuestro lado, no me castigéis con esta muerte cruel!..... Permitidme ser vuestra criada, vuestra esclava; á lo menos, que pueda yo seguirlos siempre á donde vayáis..... ¡Calixto, no me rechazéis!... ¡yo os sacrificaré á mi hija!..... Y si Dios me

da fuerzas, sabré luego olvidarlo todo para poder expiar mi falta.....

El conde no la dió tiempo de continuar, la levantó y la dió un beso en la frente. Esta prueba de amor conmovió de tal modo á la condesa, que se apoyó casi desfallecida sobre el pecho de su marido. Después de un corto momento alzó los ojos, y mirándolo con estupefacción é incredulidad, exclamó:

—Ah! tened piedad de mí!..... Yo me vuelvo loca..... Pero no..... ¡sois vos, Calixto!..... ¡y no me odiáis!..... ¡me sonreís!...

Respirando arenas, embriagada de felicidad, se suspendió del cuello de su esposo, que seguía contemplándola afectuosamente, y exclamó:

—¡Gracias!..... ¡gracias!..... ¿Es que ya me habéis perdonado?..... ¿Aún me creéis digna de vuestro amor?..... ¿Podré amaros aún, adoraros como á la imagen de la bondad divina?..... ¡Calixto, bendito seas!.....

El conde se desprendió del brazo de su esposa, y la llevó hacia la ventana, sonriéndole con ternura; allí, la hizo sentar en un sillón, se sentó él en otro, y tomando cariñosamente una de las manos de su esposa, le dijo:

—Mucho he sufrido, es verdad; una horrible sospecha ha destrozado mi corazón: nadie podrá decir cuánto he sufrido!..... Pero no tenía razón; no hablemos más de eso, mientras que Dios nos deje estar siempre unidos sobre la tierra. Hoy he tenido una dicha que me hubiera colmado de alegría, si no me bastara para esto vuestra presencia.....

—¿Una dicha?—dijo la condesa interrumpiendo.—Oh! doy gracias á Dios con todo mi corazón.

—Escuchad,—dijo el conde con voz conmovida:—Sabéis, Catalina, que mi pobre hermano pereció con su mujer cuando se incendió nuestra casa el día sangriento en que los Españoles cayeron sobre nosotros. Algunos vecinos dijeron que el hijo de mi hermano tam-

bién había encontrado la muerte entre las llamas; pero debéis acordaros también que otros aseguraban haber visto un soldado español salvar al niño del fuego que iba á devorarlo.

La condesa movió la cabeza como si hubiera querido decir:

—No, yo no lo recuerdo.

—Quizás lo hayáis olvidado,—prosiguió el conde.—Vos sabéis, Catalina, cuán vivo era el afecto que yo profesaba á mi hermano; por consiguiente, comprenderéis la alegría que he sentido cuando una casualidad inesperada me ha hecho descubrir hoy á ese niño.

—¡Al hijo de vuestro hermano!—exclamó con admiración la condesa, como dudando de la verdad de lo que oía.

—¿Al hijo del señor Alonso?—repitió la dueña estupefacta.

—Sí, dijo el conde,—al hijo del señor Alonso, mi difunto hermano, y no queda ya la menor duda: ya he hecho legalizar por el Regidor y los escribanos el testimonio del soldado español, y estoy en posesión de otras pruebas irrefragables. Y ahora, escuchad atentamente lo que me resta que deciros, Catalina..... El cielo no ha bendecido nuestra unión, no ha querido concedernos un hijo; así, la hija de mi hermano.....

—Ah! ¿es una niña?—preguntó la condesa.

—Una encantadora niña, cariñosa y bella como un ángel,—respondió el conde de Almata.—Ella es, según la ley, mi única heredera: como hasta hoy no ha recibido todas las atenciones que reclama el último vástago de los de Almata, tengo la intención de hacerla educar en mi casa, á mis propios ojos. Ya he hecho extender una acta de adopción: así, ella viene á ser mi hija, mi legítima heredera. Yo la introduciré públicamente y con el mayor lucimiento en la familia, de la que la había separado una deplorable desgracia; de esta manera todos la honrarán como conviene, como lo merece su elevado nacimiento. Espero, mi que-

rída Catalina, que la permitiréis amaros como á su madre; en cuanto á mí, quiero que me dé desde ahora el nombre de padre. Por el amor que yo os profeso, vos amaréis también á la pobre niña, ¿no es verdad?

La condesa respondió con abatimiento:

—Ah! que venga!..... la amaré, porque es de vuestra sangre.

—Catalina,—dijo el conde con calma,—bien sé cuál pensamiento os entristece: os prometo mi ayuda, y unidos trabajaremos por la felicidad de todos los que nos son queridos. Estáis contenta, ¿no es cierto?

—Oh! ¡gracias!..... ¡gracia!—dijo la condesa con los ojos radiantes de alegría.

—Y bien,—dijo el conde tomando una solemne entonación:—que esto sea la señal de nuestra reconciliación y dé más firmeza á nuestro amor. Os doy la hija de mi hermano: sed su madre, como yo quiero ser su padre: ella será un dulce lazo de unión que nos estrechará más tiernamente, Catalina.

Al acabar de decir estas palabras, tendió á la condesa un pergamino sellado, y añadió:

—Es conveniente que la madre sepa el nombre de la hija.

La condesa desdobló el pergamino con desaliento, y llevada más bien por la curiosidad que por el deseo de conocer el nombre de la niña. Pero apenas sus ojos se fijaron en las primeras líneas, un grito agudo se escapó de su pecho, y exclamó profundamente conmovida:

—¡Clara!..... ¡mi Clara será vuestra hija!.... ¡Dios mío!..... ¡esto es demasiado!.....

No pudo decir más, y cayó desvanecida en los brazos de su marido, que la sostuvo amorosamente sobre su pecho.

La dueña, entre tanto, había caído de rodillas, y derramando un torrente de lágrimas, besaba con respetuosa efusión las manos del conde de Almata.....

FIN.

CO

Q

HU

PI
Q5